**Vulnerables, des(h)echos, resistentes: los cuerpos *esculturales* de Javier Marín**

Por María José Rossi (UBA, IEALC)

En enero de 2016 tuve la ocasión de visitar la muestra “Terra. La materia como idea”, de Javier Marín, en el Palacio de Iturbide, en pleno Centro Histórico de la Ciudad de México, y “Corpus. La belleza de lo imperfecto”, en el Antiguo Colegio de San Ildefonso, en la misma ciudad. Javier Marín (Uruapan, Michoacán, 1962) es un artista mexicano cuyo trabajo, según reza en la semblanza biográfica de su página web “gira en torno al ser humano integral: muestra seres vivos, palpitantes, con cuerpos que se presentan vulnerados y descompuestos, pero a la vez dignos y orgullosos, no frágiles sino fortalecidos”. Ese ser humano integral, salido de un taller, como salen nuestros cuerpos cada día, me dio la materia para esta exposición.

**La materia, lo colosal y la tiranía**

Querría empezar, pues, con la materia. Marín trabaja con bronce, madera, resina de poliéster, arcilla. Con esos materiales, que bien podríamos llamar ‘nobles’, esculpe y da vida a los cuerpos de la tierra: cuerpos con remembranza clásica que han despertado aquí, en el barro de América.

Los cuerpos de la tierra se confunden, se entrelazan. Conocen la alegría de lo que se mezcla y festejan el olor de la tierra mojada.

Hay, pues, una tensión en esos cuerpos. Una tensión que va hacia lo alto y lo bajo.

Tampoco conocen la tersa perfección de los cuerpos clásicos. Son ásperos y excesivos. El primer impacto son sus manos y sus pies de proporciones enormes. También sus cabezas, con frecuencia desmembradas del resto del cuerpo, son gigantes, como de Atlas, anchas y robustas. Cuerpos desmembrados, cuerpos excesivos.

El desmembramiento es desafío a lo completo, a lo entero; lo excesivo es desafío al comedimiento, a lo que tiene medida. Por eso los cuerpos de la tierra desafían doblemente a la unidad y a la medida. Esa distorsión, debida al aumento extraordinario del tamaño, nos muestra el cabal cumplimiento de una ley hegeliana: la cantidad modifica la cualidad; un coloso ya no es un humano. Todo en América parece ser así: ancho, coloso y robusto.

Ese desafío a la medida y a la unidad tiene un propósito: reconvertir el objeto estético mercantilizado en antimercancía. Por eso las esculturas de Marín no se pueden comprar: no tienen un carácter privado o personal, no pueden empequeñecerse y domesticarse, no pueden ser rebajados al nivel de los accesorios de la vida cotidiana individual, a objeto de codicia, a posesión egoísta. Están en el espacio público, a la vista de todos. Ejercen una particular resistencia a ser dispersadas en las casas particulares, a ser desunidas y aisladas. Ellas celebran, habitan, ocupan, el espacio público.

Puestas en medio de la calle, las esculturas de colosos perturban, interrumpen momentáneamente la linealidad del paso. Caídos de su pedestal, confundidos con la gente que pasea y que los puede tocar, o incluso manosear, esos colosos muestran el *ideal* en su escala inhumana. Rebajados, se aproximan a la tierra, principio de absorción y de nacimiento, cuna y tumba. Recuerdan también, así caídos, viejos actos de insumisión: toda revuelta contra las tiranías se expresa deponiendo las cabezas de los tiranos. En “Matar al tirano muerto. Destrucción de estatuas y ultraje al cadáver de los tiranos en la Roma imperial”, Elena Castillo Ramírez (2013) nos recuerda que

El ultraje del cadáver de un tirano y la demolición de sus estatuas por parte de una muchedumbre descontrolada, confiada en su impunidad por el inminente cambio de gobierno, han sido siempre consecuencia de la furia efímera de la masa, liberada de la opresión del miedo. La manía de destruir y decapitar las estatuas de los tiranos en arrebatos de cólera colectiva no se ha desarrollado con las revoluciones modernas, como afirma Luciano Canfora, ni es consecuencia del «vandalismo revolucionario» de los últimos siglos de Historia, sino que es la manifestación pública de la rabia contenida, la liberación del odio generado durante años de opresión y, a un mismo tiempo, un intento de congratulación con el gobierno sucesivo. (p. 78)

De modo que esos colosos caídos son todos los tiranos, los pasados y lo venideros; un aviso de que la rabia y el odio no está desalojada de la ciudad, por más ordenada que parezca.



**La piel, la membrana, el límite y el desecho**

En esos cuerpos caídos, la piel no es membrana que protege sino que conecta, es frontera que abre y cierra, lugar de flujo y de reflujo. Esos cuerpos nos llevan a la cuestión del trazado de las fronteras, de los límites, de las zonas de inclusión y exclusión.

Como el cuerpo comunitario, como el cuerpo de la fiesta, ellos no se conciben separados y aislados de su entorno, sino en comunicación con otros miasmas y fluidos, en comunicación con su otro.

Hay, pues, una materia que se organiza, que se hace cuerpo; en tanto pasiva, es capaz de recibir una forma, el ánima, el principio racional, el soplo o el logos. Y hay también una materia que se desecha, que rehúsa la forma oficial. Ese desecho es lo que estaría en los márgenes, en la zona de exclusión que fijan los cuerpos ya organizados. Por eso, estos cuerpos de barro, con sus rostros vencidos, nos hablan de algo más: nos hablan de la condición de desecho de los cuerpos en el nuevo mapa de los tiempos. “¿Qué diablos es esto? —se pregunta Panurgo, el personaje de Gargantúa y Pantagruel— ¿Llamáis a esto mierda, cagacojones, deyección, estiércol, materia fecal, excremento, caca de lobos, liebres, conejos, aves de rapiña, cabras y ovejas, basura o cagarruta? Yo creo que es azafrán de Hiernia. Eso creo. Bebamos.” El remate de Rabelais, que literalmente se caga de risa de todo, pone a la vista que lo más execrable y vulgar es también lo más preciado. Porque ese resto de materia infecunda, ese desecho maloliente que circula por cloacas, fuera de la vista de todos o en los márgenes, ese resto desechable, es a la vez constituyente: el cuerpo lo desaloja, lo execra, como condición para ser él mismo. Ir de cuerpo, se suele decir, para mentar esa parte de nosotros que tiene que ser expulsada para que el cuerpo sea.

El cuerpo de la ciudad hace lo mismo con sus desechos. Con lo que considera la inmundicia, la basura. Algunas ciudades esconden los desechos (por lo general, el desecho suele marginarse o disimularse), otras los desalojan o reciclan. Sin embargo, nunca se sabe bien qué hacer con los desechos. Lo cierto es que —más allá de lo que hagamos con ellos, de lo que pensemos hacer con ellos (y donde pensar qué-hacer-con es siempre el discurso del amo)— ellos retornan, como los sueños, esos desechos con el que el psicoanálisis hace tantas cosas.

El cuerpo-desecho está cargado de fuertes estigmas sociales: provoca nauseas, apesta, es considerado impuro. De un desecho no se espera que rechace. ¿Cómo osaría rechazar un desecho? (discurso del amo). Como inmundicia, no forma, no constituye mundo si bien está en el mundo, es inmundo. De ahí que lo escandaloso para el cuerpo social sea que esa materialidad restante pueda organizarse por sí misma, circular por intersticios, moverse en los márgenes y rechazar o contaminar las zonas que están fuera de las áreas de exclusión. Por eso pone en jaque el orden donde todo es puro, blanco y limpio. El desecho que rechaza, que es lo excluido posibilitante, procede entonces por doble negación: negado, niega, y entonces retorna.

Pero la negación que impone no es la negación abstracta, no es negación que reconfirma un orden unilateral, es negación que pone en contacto los dos rostros inevitables del cuerpo social: el de su organización saludable y el de la enfermedad, el de la vida y la muerte, el de lo limpio y la mugre. En la introducción a *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*, Judith Butler define lo abyecto como un espacio indisociable de la propia matriz normativa que lo produce:

Esta matriz excluyente mediante la cual se forman los sujetos requiere pues la producción simultánea de una esfera de seres abyectos, de aquellos que no son “sujetos”, pero que forman el exterior constitutivo del campo de los sujetos. Lo abyecto designa aquí precisamente aquellas zonas “invisibles”, “inhabitables” de la vida social que, sin embargo, están densamente pobladas por quienes no gozan de la jerarquía de los sujetos, pero cuya condición de vivir bajo el signo de lo “invisible” es necesaria para circunscribir la esfera de los sujetos. Esta zona de inhabitabilidad constituirá el límite que defina el terreno del sujeto; constituirá ese sitio de identificaciones temidas contra las cuales –y en virtud de las cuales el terreno del sujeto circunscribirá su propia pretensión de autonomía y a la vida. En este sentido, pues, el sujeto se constituye a través de la fuerza de exclusión y la abyección, una fuerza que produce un exterior constitutivo del sujeto, un exterior abyecto que, después de todo, es “interior” al sujeto como su propio repudio fundacional. (Butler 2002: 19-20)

Lo abyecto, pues, no está en un ‘más allá’ innombrable, está ahí para asegurar la constitución del más acá; está ahí como su condición.

**Cuerpos que no andan ni amasan**

Finalmente, muchos de los cuerpos salidos del taller de Marín son a la vez cuerpos que ofrecen oponen resistencia a ciertas formas de corporalidad estandarizadas, en especial, los cuerpos femeninos. Excesivos, sólo quedan sus vientres anchos, cansados de tanto parir, cosidos por todos lados.

Si la tierra y el cuerpo de las mujeres han quedado unidos en nuestra imaginación, es porque así como se rastrilla la tierra y se pasa el arado para hacerla fecunda, así también esos cuerpos se marcan con precisión quirúrgica para hacerlos parir. Cuerpo de la tierra arado y extenuado, marcado a hierro y a sangre.

De coloración semejante a la tierra —retorno, pues, al principio, a la materia— esos cuerpos son de lodo o de fango, retornan siempre, la rueda del tiempo los conmina a no perecer porque, al confundirse con la materia, se transforman siempre, son desecho, son abono, son tierra fértil. Yo no sé si el mármol permitiría esa oscura promiscuidad.



La rueda del tiempo da cobijo y amparo a esos cuerpos rotos. Ni puestos a la intemperie, donde sobreviven, la lluvia logra hacerlos desaparecer. La rueda del tiempo está hecha de este amasijo de cuerpos y de desechos. Ellos vuelven, se reciclan, proliferan, se ríen con ese rictus amargo y jovial, imponen sus muñones, se desplazan obscenos por las ciudades, son la savia, son la circulación y la vida, ruedan, como el canto rodado, como el canto, ruedan y cantan.

**Referencias**

Butler, J (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*. Buenos Aires, Paidós.

Castillo Ramírez, E. (2013). Matar al tirano muerto. Destrucción de estatuas y ultraje al cadáver de los tiranos en la Roma imperial. En Bravo, G., y González Salinero, R. (Eds.) *Formas de morir y formas de matar en la Antigüedad romana*, pp.77-94. Madrid – Salamanca, Signifer.

Rabelais, F. (1969) *Gargantúa y Pantagruel*. Buenos Aires: CEAL.